

La aduana del recuerdo



Compartido 1

1 Comentarios

EL MUNDO

ESPAÑA | AMÉRICA 20 de marzo de 2016



RAÚL ARIAS

ARCADI ESPADA

20/03/2016 03:00

Mi liberada:

Como tú eres lo que eras, o sea una mujer de una pieza, no sé hasta qué punto tendrás recuerdos, y recuerdos traumáticos. Las personas evolucionadas sí los tenemos. Aquella vez en que me entregaron el carnet del partido comunista.

Un grupo de científicos europeos, entre ellos José María Delgado y Agnès Gruart, de la Universidad Pablo Olavide, de Sevilla, han publicado esta semana en *Nature Communications* los resultados de un experimento que les ha llevado siete años. Como todas las cosas importantes puede resumirse en dos líneas: los científicos enseñaron a un ratón a procurarse comida mediante la presión sobre una palanca y luego le enseñaron a olvidarse de lo que había aprendido.

Todos los asuntos relacionados con el recuerdo me interesan. ¡Incluso los literarios! Pero esta noticia, además, choca fuertemente con algo tan establecido como la posibilidad de desaprender. **Nuestro ratón desaprendió que la palanca le procuraba alimento.** Y no lo desaprendió por la ruina completa, patológica, de su sistema cognitivo, sino por un tratamiento específico, ceñido a una habilidad determinada.

Hay en el cerebro de los mamíferos un grupo de neuronas al que se da el nombre de giro dentado. Por ahí pasan todos los recuerdos antes de emerger a la conciencia. Una aduana. **El lugar de los recuerdos es un asunto de discusión en la neurociencia.** Una hipótesis clásica es que cada recuerdo se aloja en una caja. Pero ahora los científicos se inclinan a creer que el recuerdo está distribuido por el cerebro. La imagen que usan para explicarlo es que la activación de un recuerdo (piensa, por dulce ejemplo, en la primera bandera independentista que tejiste) enciende varias luces en distintas regiones cerebrales. Las luces podrían señalar componentes distintos del recuerdo, porque **un recuerdo es un fenómeno compuesto.** Para nuestro ratón la clave del recuerdo sería el hecho de que la palanca le procura comida. El contexto sería la jaula, las luces o los olores. Y el componente emocional la satisfacción que le produce la caída de la bolita de comida. Clave, contexto o emoción se alojarían en regiones cerebrales distintas. Pero al ser llamados a comparecer por orden de la conciencia todos esos rasgos se agruparían ante la imperiosa aduana del giro dentado. Una vez allí, encendidos, identificados, visibles, podrían bloquearse con alguna intervención drástica, por ejemplo la de un fármaco. Dice un resumen de la descripción del experimento: «Gran parte de este estudio ha sido realizado con ratones manipulados genéticamente, lo que tiene poca aplicabilidad directa o indirecta a la clínica neurológica; pero **una parte importante se ha dedicado al desarrollo de una sustancia química capaz de activar esta ruta de olvido** sin necesidad de una complicada ingeniería genética. Esta última línea de investigación, todavía en desarrollo, permitiría, de completarse satisfactoriamente, ayudar a la eliminación de recuerdos indeseados».

De las explicaciones de los profesores Delgado y Gruart entendí que el bloqueo iría debilitando poco a poco el recuerdo hasta hacerlo desaparecer. Lo que se corresponde con la experiencia humana. **El hombre no recuerda lo que ha vivido sino lo que ha recordado.** Y es así, a fuerza de no poder invocarse, como acabarían desapareciendo los traumas de la bomba, de la violación o de la vergüenza. Me pregunto si también podrían desaparecer los aprendizajes perniciosos, por ejemplo, los relacionados con las adicciones: el mal también requiere aprendizaje y, por lo tanto, recuerdo.

Delgado se dedicó a la psiquiatría antes que a la neurociencia. Su cultura produce asociaciones útiles, inteligibles y bellas. Bergson («la memoria es una herramienta para mirar el pasado») le sirve para esmaltar su preferencia por la concepción de la memoria como una función antes que como un archivo de moléculas. Ve en Freud, y en su tentativa de curación de la neurosis por el desmenuzamiento del recuerdo, la metáfora del bloqueo a la que él mismo somete al ratón. Y en Aristóteles, y su concepción de la memoria como un racimo, la dificultad de aislar el recuerdo, de trazar su perímetro, el riesgo de que la eliminación de un recuerdo acabe con los otros vinculados. El drama de que con la madalena *proustiana* desapareciesen la taza de té y hasta mamá, *longtemps, je me suis couché de bonne heure.*

La publicación de los resultados de este experimento ha coincidido en el tiempo con la de otro, dirigido por Susumu Tonegawa, un célebre especialista en memoria del Mit, y cuyo autor principal es Dheeraj Roy. El estudio concluye que los recuerdos se esfuman con menor facilidad de lo que se creía, a pesar de la apariencia del mapa neuronal. El más simple correlato experimental de esa hipótesis es la incapacidad, acentuada con el envejecimiento, de recordar el nombre de alguien o algo y su súbita emergencia al cabo de un tiempo. Pero el estudio, publicado en *Nature*, sugiere también que **en los primeros zarpazos de la enfermedad del Alzheimer los recuerdos no se habrían destruido y que la enfermedad sólo habría dificultado su acceso**. Para probarlo han presentado los ratoncillos habituales, orgullosos esta vez de haber recuperado mediante glaciales destellos de luz el camino a su memoria perdida.

Los dos experimentos, uno destinado a eliminar los recuerdos, el otro a preservarlos, son lo mismo: etapas en el conocimiento de esa gelatina primordial de cerca de kilo y medio que ordena el mundo a través de un tendido eléctrico de 1.000 billones de conexiones. Al final de mi conversación con la profesora Gruart aparece, como es obligatorio, el asunto moral. **La eliminación, la conservación e incluso la fabricación e infiltración de falsos recuerdos son graves asuntos bioéticos**. La profesora los encaja con la naturalidad y sensatez del científico. Todo el conocimiento relevante sirve por igual a los señores del Bien y del Mal. Apostado en esta esquina, pensando en la obvia vinculación entre los recuerdos y la identidad, fantaseo sobre la hipótesis de unos futuros derechos del yo. En su derecho a la preservación. En su derecho al recambio.

Sigue ciega tu camino.

A.